

la Iglesia ha sido en todos tiempos la más segura protectora de las artes, y que hubo un tiempo en que solo la Iglesia las apreciaba y sostenía á los artistas. Los Papas eran los Mecenas de todos los talentos, é hicieron de Roma el centro de las más preciosas riquezas de arte antiguas y modernas, y el asilo de todos los artistas, que acuden allí á perfeccionar sus talentos. Para estudiar la industria, el comercio ó la navegacion, se va á Inglaterra, Francia y América; pero para estudiar las bellas artes en sus obras maestras, se va á Roma desde todas partes del mundo.

CAPITULO VI, duplicado.

La Iglesia promoviendo el bienestar material.

Por la rápida reseña que acabamos de hacer, se comprende claramente que los que acusan á nuestra religion de ser un obstáculo para el progreso, se ponen en abierta oposicion con la verdad histórica.

Mas no solo en las regiones elevadas del génio es donde campea la influencia bienhechora de la Iglesia, sino tambien en todos los ramos de la actividad humana. Su fin es conducirnos al Cielo, y nos enseña que esta vida es una peregrinacion, pero nada omite para hacernos el camino agradable. Guiándonos á un bien espiritual y eterno, promueve eficazmente el bienestar material en el tiempo. Vamos á indicar algo de lo que por esta parte ha hecho la Iglesia en favor de la humanidad.

§ I.—Influencia sobre la policia general.

«El desarrollo de la vida religiosa dulcifica las costumbres en beneficio del órden social que la Iglesia ha defendido siempre con todas sus fuerzas. En la época en que las leyes no podían impedir las sangrientas parcialidades, protegía ella la seguridad pública con la *paz de Dios* y con el

carácter sagrado que daba á las personas y cosas; precavía con el derecho de asilo las *venganzas de sangre*; aseguraba los caminos con las santas imágenes que hacía levantar en ellos; perseguía con anatemas á los piratas, y proscribía para siempre la bárbara y anticristiana costumbre del derecho de naufragio. Contribuía además al progreso de las luces con sus escuelas y con sus trabajos para arrancar la supersticion que tan arraigada estaba, y al alivio de la humanidad doliente con sus hospitales y hospicios de todas clases: la Iglesia era la que amparaba al recién nacido abandonado por una madre sin entrañas; la que conmutaba las penas canónicas en pecuniarias para puentes y caminos; la que prometía indulgencias á los cruzados contra piratas; reprimía las diversiones crueles y bárbaras; condenaba los gastos inmoderados y el lujo de los trajes; perfeccionaba la agricultura con su propio ejemplo; organizaba batidas generales contra las bestias feroces; y ella, en fin, contribuía hasta al alumbrado de caminos y calles con las lámparas que la piedad de los fieles sostenía ante una multitud de imágenes» (1).

§ II.—Agricultura.

«Tambien es al Clero secular y regular á quien debemos la restauracion de la agricultura en Europa. Desmontes de terrenos, líneas de caminos, engrandecimiento de aldeas y ciudades, establecimientos de mensajerías y posadas, artes y oficios, manufacturas, comercio interior y exterior; todo procede originariamente de la Iglesia. Nuestros antepasados fueron unos bárbaros, á quienes el cristianismo tuvo que enseñar hasta el modo de alimentarse.

La mayor parte de las concesiones hechas á los Monasterios en los primeros siglos de la Iglesia, consistían en terrenos incultos que los Monjes tuvieron que cultivar con sus propias manos. Bosques, pantanos impracticables y

(1) Walter, párrafo 338.

vastos arsenales fueron el origen de aquellas riquezas que tanto hemos echado en cara al Clero. Muchos países cubiertos en la actualidad de viñas y doradas mieses, eran en aquellos tiempos campos únicamente poblados de retamas y brezos, donde los primeros Religiosos tuvieron que habitar en chozas cubiertas de ramaje, como los americanos, en medio de sus desmontes.»

San Bernardo y sus discípulos cultivaron los estériles valles que les abandonó Thibaut, conde de Champagne; los Benedictinos roturaron los campos en España, Francia y Alemania; San Bonifacio, con los Religiosos de su Orden, emprendió el cultivo en los cuatro Obispados de Baviera, y, en una palabra, la mayor parte de las Ordenes religiosas se dedicaron á la agricultura. Donde quiera que se levantaba un Convento, adquirían los campos un aspecto de fertilidad que resaltaba notablemente de los contiguos, y eso era debido al esmerado cultivo de los Religiosos.

«Conviene tener presente que la regla, casi general, que prohibía comer carne á las Ordenes monásticas, provino sin duda en gran parte de un principio de economía rural. Habiéndose en aquella época multiplicado extraordinariamente las comunidades religiosas, tantos hombres que no se alimentaban más que de pescados, huevos, leche y legumbres, debieron favorecer particularmente la propagación de los rebaños. De modo que las campiñas tan florecientes en la actualidad, son deudoras en gran parte de sus cosechas y rebaños al trabajo y á la frugalidad de los Monjes.

»Además, el ejemplo, que á veces no consigue en la moral todo el resultado que podría prometerse, porque las pasiones destruyen sus buenos efectos, ejerce un gran poder sobre la parte material de la vida. El espectáculo de muchos millares de Religiosos cultivando la tierra, desvaneció poco á poco aquellas bárbaras preocupaciones que miraban con desprecio el arte que alimenta á los hombres. El hombre del campo aprendió en los Monasterios á dar vuelta á la tierra y á fertilizar el surco. El noble principio á conocer que la tierra encerraba tesoros más positivos

que los que él se procuraba por medio de las armas. Los Monjes fueron, pues, realmente los padres de la agricultura, tanto por los trabajos que con sus propias manos hicieron, como por lo que enseñaron á hacer. Aun en nuestros tiempos, no habían perdido del todo este espíritu de utilidad. Los cultivos más esmerados, los labradores más ricos, más bien alimentados y ménos vejados, los atelajes rurales más completos, los rebaños más gordos y las propiedades rústicas mejor administradas, eran las de las Abadías» (1).

§ III.—*Obras públicas, ciudades y pueblos, puentes, caminos, etc.*

La Europa debe la mayor parte de sus monumentos y fundaciones útiles á la munificencia de los Papas, de los Obispos, de los Abades y del Clero.

Muchas ciudades hoy populosas y pueblos florecientes, que fueron en otro tiempo yermos solitarios, se fueron formando lentamente á la sombra de la religion. En el centro de una selva enmarañada levantaba un anacoreta una pequeña Capilla y una celda. En breve se le unían algunos compañeros y desmontaban el terreno, la Capilla se veía rodeada de otras celdas y se formaba una aldea, y despues una villa. Los reyes concedían privilegios á estos pueblos nuevos, y á favor de ellos, aumentaba rápidamente la población.

Así se formaron en España muchas ciudades y lugares. Un piadoso varon, llamado Tromestano, edificó una pequeña Iglesia á San Vicente en un monte de Asturias. El rey Fruela, que había concebido el proyecto de fundar una población, escogió el sitio en que se había levantado dicha Iglesia, alrededor de la cual se construyeron desde luego varias casas: tal fué el origen de la ciudad de Oviedo. Sahagun fué en su principio una pequeña Capilla en honor de los Santos Facundo y Primitivo: en el reinado de Alfonso el Grande se fijaron allí unos Religiosos proceden-

(1) Chateaubriand, 4.^a parte, lib. VI, cap. 7.^o

tes de los dominios mahometanos, y se fué formando la villa. Santo Domingo de la Calzada era una selva espesa y pantanosa, desmontada y fundada por el Santo de su nombre. Un origen semejante tuvieron otros varios pueblos de la Rioja, Navarra y Castilla, sin contar los que fundaron las Ordenes militares.

Los reyes de España encomendaban á los Obispos el cuidado de reconstruir y poblar los lugares conquistados á los moros. Entre los que disfrutaron este beneficio, debemos citar á Salamanca, Ledesma, Ribas, Baños y otros inmediatos al rio Tormes, reedificados por el Obispo Oveco y otros, por especial encargo del rey Ramiro II. No hay ciudad ni pueblo en España que no deba algo de su vida y monumento al Clero secular ó regular.

En Bélgica tuvieron un origen semejante Gante, Lieja, Malinas, Mons, Saint-Frond, Saint-Amand y otros muchos lugares que sería prolijo enumerar» (1).

«Diversos barrios de París, como el de Santa Genoveva y el de San German le Auxerrois, se edificaron en gran parte á espensas de las Abadías del mismo nombre. Generalmente hablando, donde quiera que se encontraba un Monasterio, allí se reunía un centro de poblacion: la Chaisse-Dieu, Abbeville y otras muchas poblaciones llevan aún en su nombre el distintivo de su origen.

La ciudad de San Salvador, al pié del monte Casino, en Italia, y las aldeas inmediatas, son obra de los Religiosos de San Benito. En Fulde, Maguncia, y en todos los distritos de Alemania: en Prusia, Polonia, Suiza é Inglaterra, hay una multitud de poblaciones cuya fundacion se debe á las Ordenes monásticas ó militares, y las ciudades que más pronto se libraron de la barbárie, fueron las que estuvieron sometidas á príncipes eclesiásticos» (2).

(1) De Gerlache, *Introduccion á la Historia de los Países-Bajos*, tomo I.

(2) Chateaubriand, *lug. cit.*, cap. 8.º.—Véase especialmente Montalembert, *Los Monjes de Occidente*, introduccion, cap. 4.º, págs. 44 y 45.

No había en Europa, ni carreteras, ni posadas: los caminos estaban llenos de salteadores, y entónces la religion facilitó las comunicaciones, y defendía á los viajeros y peregrinos y les daba grátis la más generosa hospitalidad. Santo Domingo abrió una calzada, de la que tomó su nombre á través de los pantanosos bosques de la Rioja; construyó un sólido puente y una espaciosa hospedería, que aún se conservan, y facilitó la peregrinacion á Santiago, adonde acudían casi tantos peregrinos como á Roma. En esto le imitó San Juan de Ortega, albergándolos en su Monasterio, miétras San Lesmes edificó en Búrgos un hospital para los que cayesen enfermos. Despues los recibían bajo su proteccion los Caballeros de Santiago, cuyo instituto primitivo era defender y guiar á los peregrinos, á lo cual se obligaban con juramento. Este mismo objeto tuvieron, como ya hemos visto, las Ordenes militares instituidas en Jerusalem en tiempo de las cruzadas.

En Francia inspiró el Catolicismo la asociacion de los *Hospitalarios pontoneros*, que estaban obligados por su regla á defender á mano armada á los viajeros, componer las vías públicas, construir puentes y dar hospitalidad á los pasajeros en edificios que levantaron á la orilla de los rios (1).

«La religion, dice Chateaubriand, ha distribuido en las cuatro partes del mundo sus milicias y colocado sus centinelas en pro de la humanidad. El Monje maronita llama con el sonido de dos planchas de metal, suspendidas en la rama de un árbol, al extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano: el Monje abisinio espera al viandante entre los tigres, para librarle de sus ataques, y el Misionero americano vela por su vida en sus inmensos bosques.» Por último, ¿quién no ha oido con emocion hablar de los Religiosos del monte de San Bernardo

(1) Ya que hablamos de la facilidad en las comunicaciones, conviene notar que las mensajerías y las postas, perfeccionadas por Luis XI, fueron establecidas primeramente por la Universidad de París.

y de sus inteligentes perros? ¿Cuántos viajeros, sepultados ya entre la nieve de los Alpes, les deben la vida?

La religion ha puesto en todas partes el sello benéfico de su divina mision.

§ IV.—*Fomento del comercio.*

En los perturbados tiempos de la Edad Media, los celos, la ambicion y el génio opresor de los pequeños soberanos que esclavizaban la Europa, hubieran roto todos los vínculos de comercio entre sus habitantes, si la religion no hubiese mantenido entre ellos la comunicacion y las relaciones sociales. Las largas peregrinaciones que emprendía la piedad de los fieles, contribuyeron eficazmente al desarrollo del comercio. En tiempo de jubileo, se reunían en Roma gentes de todas las naciones de Europa, y este era un motivo de hacer relaciones. Ya hemos visto cómo la Iglesia abría caminos y facilitaba las comunicaciones.

La Iglesia había difundido y conservaba vivo un espíritu de fraternidad, de hospitalidad y de buena fe, que son condiciones tan necesarias para que florezca el comercio, que por su naturaleza es pacífico y amigo de la confianza.

Además, la Iglesia daba vida al comercio con la pompa y el esplendor de su culto y el decoro de sus Templos. Las Iglesias daban valor al pergamino, cera, lino, seda, mármoles, obras de platería, tejidos de lana, tapicerías y materias primeras de oro y plata. Allá en los tiempos bárbaros, solo las Iglesias daban alguna ocupacion á los artistas, que hacían venir expresamente de Italia, y hasta del centro de Grecia.

En cuanto al comercio exterior, se hacía por el Mediterráneo. Los griegos y los árabes traían las mercancías de Oriente desde Alejandría; pero los cruzados abrieron el camino á los europeos. «Las conquistas de los cruzados, dice Fleuri, les aseguraban la libertad de comercio para las mercancías de Grecia, Siria y Egipto, y, por consiguiente, para las de la India, que tampoco llegaban á Europa por otro camino.» Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Marsella

deben sus riquezas y poder á estas expediciones. Las ventajas y utilidad del comercio europeo fueron tan evidentes, que no faltó quien afirmara en este siglo que el interés comercial tuvo en ellas más parte que la misma religion.

Por último, las misiones católicas han sido un auxiliar muy poderoso del comercio, estrechando las relaciones entre pueblo y pueblo, y promoviendo los adelantos de la geografía. Si no por ellos no hubiéramos tenido noticia de muchos países, ni de sus producciones, ni ocasion de cambiarlas por las nuestras. Cuando los Papas organizaban las misiones exteriores, no solo promovían el bien de la religion, sino también la utilidad material de la sociedad.

CAPITULO VII

La Iglesia, madre universal.

Por lo que hemos dicho hasta aquí, se conoce claramente que todo cuanto hay de bueno en la organizacion actual de la sociedad ha dimanado del Catolicismo. Esta divina religion difundió naturalmente sus beneficios como el sol su luz y su calor.

Para completar el glorioso cuadro que hemos trazado, la veremos ahora extender su manto protector sobre las clases infelices, sobre los débiles y los desgraciados, y dedicar constantemente sus desvelos á combatir la ignorancia, la miseria y la inmoralidad: esas tres grandes plagas de la civilizacion y de la sociedad.

Contra la ignorancia ha multiplicado las escuelas; contra la miseria de todo género ha fundado mil asociaciones de caridad; contra la inmoralidad ha opuesto los ejemplos de sus virtudes, las privaciones voluntarias, el celibato y la confesion.

§ I.—*Escuelas.—Bibliotecas.*

Segun el testimonio de Mosheim, autor nada sospechoso á los enemigos de la Iglesia, San Juan Evangelista estable-